

Harald Welzer

Superación del pasado

La superación alemana del pasado representa un ejemplo internacional. Es uno de los pocos artículos de exportación *made in Germany* que aún son objeto de admiración y reconocimiento. Adalides de la superación del pasado procedentes de Sudáfrica, Ruanda y Kosovo, organizan encuentros en los que historiadores alemanes explican a las sociedades afectadas, con ayuda del ejemplo alemán, cómo enfrentarse a catástrofes históricas. Esta exportación de los métodos de superación tiene futuro; en algún momento, políticos de Sudán y del Congo también buscarán asesoramiento.

La superación alemana del pasado, de hecho, causa impresión: Alemania es una sociedad que reconoce sin reservas los crímenes cometidos y la violencia perpetrada, acepta la responsabilidad y hace todo lo posible para que no se repita lo que sucedió entre 1933 y 1945.

Bajo la fórmula ritual del «¡nunca más!», en los últimos decenios se han establecido tales hábitos de la memoria y el recuerdo y parecen tan respetuosos que el canciller alemán pudo participar en los actos conmemorativos del sexagésimo aniversario del día D y el presidente de la República pudo demostrar en el Parlamento de Israel y en alemán lo modélicamente que Alemania ha aprendido las lecciones de la historia. Vista así, la superación alemana del pasado ha sido, de hecho, un proyecto exitoso, y con la inauguración del monumento conmemorativo berlinés para recordar a los judíos asesinados en Europa, este éxito se corona con una fórmula estética final. Superado.

Sin embargo, quizá no lo esté tanto. Como pone de manifiesto una serie de estudios sociológicos, tras las bambalinas de esos hábitos públicos conmemorativos y del recuerdo, se esconden sorpresas de índole bien distinta. Por ejemplo, ciertas familias alemanas no recuerdan el «Tercer Reich» como una época de exclusión, persecución, deportación y exterminio de los judíos, ni siquiera como una época de crímenes. Por el con-

trario, recuerdan el «Tercer Reich», por un lado, como una época fascinante en la que la juventud tomaba las calles, en la que se ganaban guerras relámpago y en la que todos colaboraban para hacer algo en común. Por otro lado, la memoria familiar gira en torno al sufrimiento, las dificultades y la miseria, en torno a la casa bombardeada, a los bienes dejados atrás y al abuelo, que aún era muy joven y que fue prisionero de guerra.

Esta cultura privada del recuerdo tiene un centro bien distinto del de la cultura pública, y ambas sólo coinciden allí donde la generación de los nietos de los colaboradores del nazismo convierten a sus abuelos en héroes de la resistencia cotidiana: personas rectas que siguieron levantando la bandera de la humanidad en los tiempos del horror, puesto que la mayoría de los jóvenes alemanes sí ha aprendido que el nazismo fue un sistema asesino y el Holocausto un crimen sin parangón. Por eso, los modelos actuales son los luchadores de la resistencia, y no los nazis. Esto no debería menospreciarse de ningún modo.

Sin embargo, más allá de este logro educativo, algunos nuevos hallazgos parecen indicar que los escolares, respecto al nazismo y el Holocausto, aprenden sobre todo una cosa: cómo encontrar las palabras adecuadas y políticamente correctas para hablar de este tema, qué grado de afectación deben mostrar cuando se habla del Holocausto y cómo utilizar correctamente las fórmulas rituales del recuerdo y la memoria. En resumen: aprenden el código de la superación del pasado, que probablemente no es lo mismo que la superación del pasado. Aprenden cómo hay que comportarse frente al resultado catastrófico de un proceso, pero apenas aprenden cómo se puso en marcha ese proceso.

Eso implicaría enfrentarse a la cotidianidad del nazismo y acercarse a la participación activa de la gran mayoría de la población en la discriminación, la exclusión y el robo. Semejante revisión se centraría en la cuestión de cómo fue posible que la mayoría de los miembros, muy normales, de una sociedad moderna se decidiera a favor de algo tan inhumano. Toda la cultura de superación del pasado hasta la actualidad ha escurrido el bulto a la hora de responder a esta pregunta, y por una buena razón: la Historia se le acerca a uno demasiado cuando formula así la pregunta. Ante este telón de fondo, la superación ritualizada del pasado también puede entenderse como un ejercicio muy complejo y fatigoso de evitación que sirve para mantener alejados los hechos que se tematizan sin cesar.

En la dirección opuesta del examen de las causas, desde hace algunos años vivimos una ola, cuya altura es cada vez mayor, de victimismo alemán renovado que arrancó con la novela de Günter Grass *A paso de cangrejo*, alcanzó una primera cumbre con la epopeya de las bombas de Jörg Friedrich, *El incendio*, se ha mantenido entretanto con incontables novelas familiares y ahora culmina en la invención de toda una generación para la que la denuncia del sufrimiento alemán parece no levantar políticamente ninguna sospecha y ser completamente inocente: los niños de la guerra. Se trata de la generación que hoy tiene entre 65 y 75 años, que ahora ha tomado conciencia de su trauma infantil, de haber sufrido en la guerra y afirma que no se ha enfrentado a ello durante todos estos años. Todas las personas, ha escrito Stephan Wackwitz, tienen derecho a una infancia a-histórica y, sin duda alguna, todos los individuos tienen derecho a que se reconozca el sufrimiento que otros le han provocado. Sin embargo, cuando en congresos y encuentros uno escucha lamentos a coro por el propio pasado y frases como la de que la vergüenza que se sentía por el exterminio judío también fue traumática, entonces no queda más remedio que concluir que la cultura alemana del recuerdo está en movimiento y, además, muy rápido.

Más allá de la asimilación individual necesaria y absolutamente legítima del sufrimiento experimentado, para mí permanece oculto qué sentido puede tener la tematización colectiva de una experiencia generacional dolorosa que, además, empíricamente no es la experiencia de todo un grupo de edad. Según algunas estimaciones, más del 50% del mismo grupo no conoció los horrores de la guerra. El nuevo placer del espectáculo del sufrimiento se vuelve obtuso rápidamente cuando, por ejemplo, todo un auditorio se estremece al contemplar la imagen proyectada de una madre con su hijo ante un paisaje en ruinas, pero no pierde un sólo instante en reflexionar que ellos, a diferencia de las madres y los hijos seleccionados en Auschwitz, pudieron seguir viviendo y, además, juntos. Los sufrimientos individuales no se quitan nada unos a otros, pero resulta lamentable cuando el sufrimiento de un grupo encuentra un lenguaje que oculta el sufrimiento de los demás.

A ello se añade algo completamente distinto, a saber, todo el ámbito de la fascinación por Hitler y del gusto por el lado espectacular del nazismo, tal y como se vio en las obsesivas celebraciones del año conmemorativo de 2005. Para la editorial Knauer no resultó demasiado vergonzoso publicar incluso un producto como el libro *Bei Hitlers* (En

casa de los Hitler), en el que la sirvienta del Obersalzberg informa de la colcha pespunteada del *Führer* y de sus zapatillas, que ella se calzó con gusto algunas veces mientras el señor no estaba en casa.

La fascinación y el *kitsch* del «Tercer Reich» parecen estar hoy más vivos que nunca y en este hecho se pone de manifiesto una dialéctica de la Ilustración muy específica, que consiste en que todo reportaje sobre Albert Speer o Heinrich Himmler, por muy crítico que sea, toda película sobre las NAPOLA¹, toda serie periodística y cada una de las narraciones de testigos de la época ilustran una y otra vez la aparente grandeza de aquellos tiempos, por la mera cantidad de información y porque se recurre sin cesar a las imágenes que en su día se produjeron para fines propagandísticos, por lo que no parecen muy apropiadas para poner en tela de juicio el sistema que muestran.

Así, pues, ¿qué se ha superado? Nada. Muy al contrario, parece haber un retroceso memorístico que retrocede hacia algo que tiene relación con el presente. Cuando el futuro parece haberse extraviado y ni la elite política ni nadie tienen una idea de cómo debería ser esta sociedad en diez o veinte años, y tampoco sobre cómo solucionar sus problemas más urgentes, cuando aparecen nuevas desigualdades sociales y parece extenderse ampliamente el fatalismo frente al futuro, lógicamente es fácil que se recurra al pasado. Esta combinación de miedo al futuro y obsesión por el pasado seguramente se debe a que cada vez se mezclan más elementos nostálgicos y de fascinación en la incesante retrospectiva, y también a que la tematización del sufrimiento propio, en ocasiones, es bastante obscena. Nunca ha habido tanto pasado. Tampoco hubo nunca tan poco futuro.

¹ Denominación que recibían las escuelas creadas por Hitler para educar a los dirigentes del régimen. [Nota de la Traductora.]